

La convivencia con Chile



La desunión entre los países latinoamericanos ha facilitado nuestra dependencia y provocado nuestra debilidad. Ha disminuido nuestra autonomía y limitado nuestras posibilidades de desarrollo.

Por otra parte, ha quedado demostrado que vivimos la época de los grandes espacios económicos. Las dimensiones exclusivamente nacionales resultan insuficientes para lograr el crecimiento y asegurar la independencia. La Comunidad Económica Europea, con la posibilidad ahora de incorporar a países del Este; Estados Unidos conjuntamente con Canadá y presumiblemente con México; el sudeste asiático con Japón a la cabeza y la posibilidad siempre presente de la eclosión china, lo demuestran acabadamente.

Constituye, por lo tanto, un importante e irrenunciable objetivo nacional trabajar para el logro efectivo de una dimensión económica adecuada. Está muy claro que América latina, o al menos Sudamérica, es nuestra única posibilidad para concretar ese propósito.

Las condiciones políticas necesarias para encarar este ambicioso proyecto ya se han dado a través de la instauración de sistemas democráticos en todos nuestros países. Esto facilita la recíproca cooperación sin disputas hegemónicas, permite preservar las identidades nacionales y al mismo tiempo elaborar nuevas formas de convivencia basadas en el principio de la libertad.

Los pueblos sudamericanos estamos unidos por un cúmulo de factores. Casi no existen los que nos dividen. Tenemos una historia común, problemas y esperanzas comunes. Y hasta las mismas frustraciones y los mismos sueños truncos. Similares problemas, como los efectos de un orden económico internacional injusto, o la marginación que sufrimos en el comercio exterior, potenciada por el permanente deterioro de los términos de nuestro intercambio o el de la deuda externa que nos desangra.

He sostenido antes, tal vez arriesgadamente, que la deuda externa pesa sobre nuestras economías como pesaron sobre los pueblos europeos los efectos devastadores de la guerra mundial y que hacer frente a la deuda implicará para nosotros la misma función impulsora y concentradora de esfuerzos que tuvo la contienda bélica y sus consecuencias para los pueblos europeos. Nosotros debemos superar el problema de la deuda externa logrando transformar los criterios y comportamientos de los acreedores y en cuanto a nuestra propia responsabilidad por la única vía útil, que es la del crecimiento que, a su vez, sólo será posible mediante la integración.

Si la idea de un peligro de guerra viniera a difundirse o a instalarse en la región, sus efectos se propagarían como una epidemia letal y, finalmente, nuestros pueblos se verían sacudidos en sus convicciones más profundas, falsamente polarizados, inauténticamente motivados por nacionalismos desviados y entonces, víctimas fáciles de la injerencia externa e ineficaces en su lucha por la justicia universal.

No se puede negar que ante lo que aparece como una inexplicable política armamentista chilena, existe una cierta

preocupación en ciertos ámbitos de la Argentina, para algunos justificada por las complejas características de la transición hacia la democracia del país hermano y para otros inspirada más superficialmente por los episodios del partido de fútbol de Boca Juniors, donde se creyó advertir motivaciones ajenas a la pasión deportiva, más concretamente, el propósito de generar resentimientos mucho más allá de la rivalidad futbolística.

En ese mismo estadio, viví uno de los momentos más emocionantes de mi vida. El día de la fiesta grande de la democracia de Chile, cuando la asunción del presidente Aylwin ingresaba despreocupadamente sin advertir que se anunciaba la llegada de cada uno de los invitados oficiales, cuando una enorme ovación saludó mi presencia. Supe entonces que no aplaudían a Raúl Alfonsín sino al presidente de una nación que había decidido, por medio de su decisiva definición electoral, consagrar la paz entre nuestros pueblos.

Ese espíritu no puede haber muerto. Ni morirá, aunque provocadores de distinto tipo, al servicio de cualquier interés, pretendan doblegarlo.

Pero hay que alimentarlo con recíprocas y claras manifestaciones de fraternidad. Seguramente en la actualidad no haya evidencia mayor de amistad y convivencia que la búsqueda común de soluciones para la superación de los problemas limítrofes aún pendientes.

Tengo entendido que ambas cancillerías se encuentran en la tarea. Seguramente, como siempre, aparecerán los interesados en impedir la y desvirtuarla y se buscarán adhesiones de carácter popular a través de prédicas chauvinistas.

A los partidos políticos de ambos países les corresponde contrarrestarlas. En este tema no pueden diferenciarse oficialismos y oposiciones, porque se trata de concretar objetivos nacionales, tales como asegurar la paz, consolidar la democracia, facilitar la integración y acelerar el desarrollo.

Los políticos, todos los políticos, como representantes de nuestros pueblos, debemos comprender el mandato que se nos ha transmitido: trabajar juntos en una tarea clara y definida: construir para los tiempos las condiciones de una paz inconvencional y desde el logro de ese objetivo supremo, trabajar para el crecimiento de nuestras sociedades en conjunto, en libertad, con justicia y con independencia.

Debemos entender que así como para alcanzar la democracia en cada uno de nuestros países fue necesario postergar un debate ideológico sofisticado, de modo de luchar unidos contra el autoritarismo, en las cuestiones que nos separan se impone la misma metodología: lograr la unión comprendiendo dónde está lo esencial y, además, que esa unión es la condición para alcanzar en forma tan gradual y realista como sea necesario, la solución de nuestros problemas.

Chilenos y argentinos conocemos la profunda identidad que nos hermana. Simplemente, queremos trabajar juntos por los mismos ideales por los que luchamos un siglo y medio atrás.

Sabemos que necesitamos ganarnos en el mundo el espacio y la presencia que merecemos y reclamamos. Esto será más fácil si somos capaces de resolver nuestras diferencias apelando a los medios pacíficos de solución de controversias, desechando absurdas carreras armamentistas.